

JOVENES MIGRANTES CAMPESINOS EN ESTADOS UNIDOS

Alexandra Desachy

La historia del mundo es la historia de migraciones. Empezar de nuevo, en otras tierras, como una sopa cósmica, añadiendo ingredientes nuevos, inesperados, sorprendentes, a la receta secreta de algo nunca antes visto, nunca antes posible. Y mi función es la de testigo, testigo de un momento de nuestra historia como latinoamericanos, como mexicanos, como humanos. Le doy voz a aquellos eventos que el destino me dio a vivir, precisamente porque la historia siempre debe tener un testigo.

Por azares del destino, tuve tres hijos varones, nacidos en Nueva York, Estados Unidos. Por esos mismos azares, a muy corta edad nos separamos y ya nunca volvieron a ser parte de mi vida. Este dolor y enorme vacío que dejó, resultó ser el motor de mi labor con los trabajadores del campo. Al ser ellos muy jóvenes, lejos de su padre y madre, nos encontramos ante la oportunidad de llenar roles importantes los unos con los otros. Sin darme cuenta, me he convertido en la figura materna y apoyo de cientos de jóvenes, mayormente de comunidades indígenas,

de México y Centroamérica, que cruzan la frontera norte para trabajar en los campos, en las rancherías, granjas, invernaderos, canteras de piedra, rastros, etc.

Gran parte de mi labor ha consistido en ayudarles a llegar de un lugar a otro, y me he ganado a pulso, el título de raitera. Viene de la palabra *ride*, en inglés, que es transportarse. Personas indocumentadas en Estados Unidos y con excepción de algunos estados de la nación americana, no tienen el derecho para manejar, ni registrar un auto. Es también cierto que fuera de las grandes metrópolis, no existe el transporte público. Las distancias son enormes, entre una cosa y otra. Para muchos jóvenes, el supermercado más cercano les queda a una hora de carretera. Recuerdo cuando hace algunos años, y por supuesto antes de tener teléfonos inteligentes con navegador GPS, llevar a trabajadores al consulado o embajada de su país para sacar pasaportes a la ciudad de NY, a cuatro horas de distancia, era una travesía casi insoportable para mí, física y mentalmente. Hace poco me di cuenta que fui por un muchacho de NY a Carolina del Sur, y de ahí a la línea de la frontera de Vermont con Canadá, en un día y sin parar, sin sentir que ya era demasiado. Eso fue un viaje de 27 horas.

27 horas te dan la oportunidad de platicar mucho, ¡mucho! Y todos entran a mi auto con todo lo que tienen, una mochila y una bolsa grande de basura, donde va la única colcha que necesitan. Los muchachos encuentran entonces una oportunidad para contarme su zaga, su épica experiencia, moviéndose entre las fibras de lo desconocido, entre la vida y la muerte, algunas veces escapando de las garras de la ley, otras, a veces, para contarme cómo los agarraron cada una de las 10 veces que trataron de cruzar el desierto, o que sin deberla ni temerla, los agarraron sólo porque sí, porque ya les tocaba. Su inocencia es tan grande como su valor. Su tenacidad es tan grande como su vulnerabilidad.

Más todos me cuentan su historia con un orgullo natural, honesto, de hombre guerrero. Las cicatrices me las muestran con un par de lágrimas, y después una sonrisa de oreja a oreja, “diciendo mire doña, mire, a mí ya no me cuentan. He sido el rey del mundo, he sido como un perro callejero, me he encontrado con bestias, y con ángeles. ¡Así como me ve, yo soy poderoso! A mí ya no me cuentan cuentos... y lo que me falta, si solo tengo 17 años”

A través de nuestras platicas, me doy cuenta cómo va cambiando la fibra de nuestra cultura como mexicanos, para mejor y para peor. El estado de Nueva York, por alguna razón, está repleto de muchachos de una comunidad rural de Chiapas llamada Las Margaritas. Ubicada en pleno territorio zapatista, me pregunto cómo será caminar una tarde por el centro de Las Margaritas, seguramente los hombres jóvenes brillan por su ausencia, y solo se ven mujeres, niños y ancianos. Ha sido una experiencia fascinante llevar a un trabajador a algún rancho remoto, solo para de pronto verlo dar un brinco sorpresivo y encontrarse con un primo, al que no veía desde hacía años, y que nadie sabía realmente donde estaba.

Los muchachos han ido cambiando bastante. Hace diez años nadie tenía teléfonos con acceso a internet. La soledad y el aislamiento eran totales, si acaso se tenían que comprar tarjetas de teléfono para hacer llamadas internacionales, y cada minuto era muy preciado. No existía el tener video llamadas, ni el infame, pero generoso Facebook.

Los chicos que llegan ahora entre los 14 y 20 años vienen ya con el teléfono pegado a sus cuerpos, como un órgano vital, un pulmón. Esto está ocasionando una constante distracción, un peligro para sus vidas debido a esto, y el resultado es una ética laboral muy por debajo de sus predecesores.

La adicción a los medios sociales se ha infiltrado tan profundamente en las vidas de todos, dentro y fuera del campo, que el

mundo se ha vuelto muy pero muy pequeñito, a un clic del dedo. Los muchachos que no reciben el apoyo moral y emocional constructivo por parte de sus familiares y amigos, andan por el mundo mandándose solos, sin un fin más que el siguiente cheque, la próxima botella, la próxima novia virtual.

Fue entonces que conocí a un muchacho extraordinario. Lo llamare Saúl. Saúl a sus 19 años daba la impresión de ser algún jefe de familia. Su mirada era tranquila, su voz, como la de un maestro, tranquila, paciente pero profunda. Bajito y muy delgado, su piel morena. Al enterarse de mi labor y activismo social para con los trabajadores, me contó con lujo de detalle su vida. Saúl era un joven zapatista. Ellos no se van solo porque sí, ellos deben pedir permiso a su comunidad, y solo se pueden ir dos años, no más. Mucho del dinero que ganan lo invierten en proyectos sociales, como crear clínicas y escuelas. Llegan ya con una madurez más allá de sus cortos años, se nota claramente su calidad moral, y su ética laboral ha sido una y otra vez alabada por sus patrones aquí en EU.

Traté de visitar las comunidades rurales de Chiapas hace un año, quería platicar con los muchachos, compartir información, visitar a muchos que se han regresado. Pero fueron varias las personas que me instaron a no hacerlo. Un sacerdote, inclusive miembros de coaliciones indígenas en protección del migrante, amigos y extraños por igual, me dijeron que no debía entrar a territorio zapatista ni comunidades indígenas sin tener un acompañante y teniendo un contacto de alguien específico que me recibiera. “Te van a linchar” me decían. Así que cuando conocí a Saúl, me pareció el milagro que necesitaba.

Saúl me pidió que visitara su comunidad, que me recibiría su padre, y que su padre visitaba comunidades para hablar con los hombres, de lo que yo quería hablar con ellos. Hay tantas preguntas sin respuesta, es más, solo con hacerse las preguntas tal vez baste. Pero obviamente no se dan cuenta de la trampa.

Desde hace años me di cuenta de que el tiempo que paso con los muchachos durante esos viajes a otros destinos, lo puedo usar para darles un buen mensaje, ahorrarles años de esfuerzos inútiles, hacerles preguntas que nunca se han hecho, hacerlos cuestionarse cosas que daban por hechas. Todos tienen la misma visión, mandar dinero para construir una casa hermosa, la más hermosa del pueblo, para que viva ahí la madre, la familia. Eso usualmente les lleva cinco años. Me muestran fotos cada tanto tiempo, orgullosos. ¡Ya compré el terreno, maestra! Ya le pusieron ventanas, ya escogí la loza, mire que bellas puertas, ¡yo las diseñé! Después de darles una vivienda digna a sus padres, comienzan a construir su propia casa, muchas veces cerca o arriba de las de sus padres. Ahí se van otros tres años, más o menos. Para entonces ya pasaron ocho años de su juventud.

El cansancio y el aislamiento los lleva a regresar a disfrutar del fruto de su trabajo, jurando nunca más volver. Pero pronto regresan, y a trabajar aún más duro. Porque, en sus propias palabras, “mire maestra, entré por la puerta de mi casa 100 veces, salí por la de atrás, caminé por mi pueblo, y me di cuenta que no tenía con qué vivir, y yo no voy a trabajar como chalán.” Entonces regresan y pasan otros cinco o más años. Apenas entonces piensan en cómo invertir su dinero, pero para eso hay que tener a alguien de confianza. Muchos regresan exactamente igual que como se fueron, con nada.

Mi contacto con los trabajadores del campo fue a comienzos del año 2000. Existe un programa educacional que opera totalmente con fondos del gobierno federal de los Estados Unidos, se llama *Migrant Education Outreach Program* (ahora casi sin fondos por orden de Trump). Se instituyó a nivel nacional, a partir de los años 50. En ese entonces, eran los americanos de clase baja y afroamericanos quienes trabajaban el campo y las industrias de la agricultura, tales como invernaderos, lecherías, granjas de animales, etc.; esta población constantemente presentaba cua-

dros que, de no ser atendidos, generaban círculos viciosos de pobreza, violencia. El gobierno federal decidió crear este programa para ayudar a los hijos e hijas de los trabajadores para que terminaran sus estudios, cursaran una carrera, evitaran caer en pobreza y todo lo que ello conlleva. Poco a poco, los blancos y afroamericanos fueron dejando el campo, para no volver más.

Fue entonces que se comenzaron a traer a los braceros, y los hispanos se dieron cuenta de que había buena oportunidad de trabajo para ellos en Estados Unidos. Ahora, la adicción de los dueños de negocios americanos a la mano de obra barata, la posibilidad de contratar empleados sin tener que proporcionarles los derechos que establece la ley del trabajo, y la naturaleza del trabajo del campo, siendo físicamente muy demandante, peligroso, rutinario y de sol a sol, estableció las condiciones para la mancuerna codependiente entre el campo americano y el trabajador hispano.

Mi trabajo consistía en visitar rancherías bastante alejadas unas de otras, y dar clases de inglés, asistir a los menores de edad con todo lo relacionado a la escuela, asistir a juntas, traducir, y ver por el bienestar de los demás. Para ayudar a un menor, a veces debe uno primero ayudar a los adultos. Es así que aprendí a fungir en decenas de otras áreas, y saber cómo resolver todo tipo de problemas. Desde mamás y papás que no sabían leer y escribir, a lidiar con violencia doméstica, redadas, detenciones, embarazos, partos, enfermedades, situaciones laborales, problemas emocionales, adicciones, etc. He aprendido a navegar el sistema americano para poder usarlo en su contra, y a su favor.

Fue durante el gobierno de George Bush Jr., y a partir de la política antiterrorista que se dio después del evento del 11 de septiembre, que nuestro mundo se vio asediado de pronto por policías, agentes de migración, redadas y detenciones al azar. Aparentemente, se dio la orden de detener a cualquier persona que pareciese sospechosa, especialmente en estaciones de tren y

autobús. Ya ni se diga de los aeropuertos, donde se implementaron extremas medidas de seguridad y chequeos “al azar” de todo y todos. Es así como muchos trabajadores fueron detenidos y deportados, por estar parados esperando un tren o camión. No por ser terroristas, sino por no tener documentos que comprobara su estatus migratorio. Es decir, no tener identificación, era el único crimen necesario.

Fue entonces que comencé a ver la enorme cantidad de personas empleadas en el sistema de justicia de los Estados Unidos, y sobre todo Nueva York, el estado que más elementos de la policía mantiene. Ahora, casi 20 años después del 9/11, fácilmente se ha triplicado el número de plazas asignadas. Los agentes de la patrulla fronteriza, los centros de detención, las cárceles, los abogados de migración y crímenes menores, los agentes de seguridad, así como todo el influjo de dinero que ha creado el tráfico de humanos, los coyotes, y toda la gente que da asistencia de manera individual a esta población, como yo.

Bajo una nota más positiva, no me he encontrado a ningún hombre o mujer que me cuente que han sido golpeados o maltratados físicamente al ser detenidos. Lo único que muchos me han dicho es que a los que agarran cruzando el desierto, los encierran durante 24 horas en un cuarto, a temperaturas bajo cero, donde se te ponen las manos y pies morados, es un frío más allá de lo que puedan soportar muchos, se echan a llorar. Dicen que lo hacen para evitar que se den pestes de chinches, pulgas, piojos. Que en el desierto eso abunda, y no quieren que la gente los lleve a los demás. Ese es único trato cruel que me han contado.

Los trabajadores son cada vez más jóvenes. Desde los 14 años ya empiezan a hacer planes para venir a Estados Unidos a trabajar, a ganar mucho dinero, como sus primos, sus hermanos, su padre o madre. Ya no tanto por necesidad o hambre, aunque muchos son los primeros de sus familias en venir, y mandar dinero. Algunos se escapan, dicen que van a visitar a algún fami-

liar y no se despiden de nadie. Hay madres que les repiten una y otra vez a sus hijos que les gustaría tener una casita, o casota, que quieren que les ayuden, y así subconscientemente, mandan el mensaje de que se vayan al otro lado.

Debido a su juventud, los muchachos llegan a los Estados Unidos y deben rápidamente desarrollar habilidades que no aprendieron en casa, como cocinar, mantener su espacio limpio y organizado, administrar dinero, tiempo, y sobre todo su habilidad para comunicarse con los demás. Esta es la más importante y la más difícil, ya que va de la mano con la experiencia y con la inteligencia emocional. ¿Cómo pedir algo que necesitas sin sentir tanta ansiedad? ¿Miedo? ¿Cómo responder a una acusación? ¿Cómo trabajar en equipo? Son elementos cruciales, que causan estragos en sus vidas, y las de los demás.

Innumerables veces los patrones se desahogan conmigo, de la frustración que les causa la inmadurez de los trabajadores. ¡Cuán cierto es que, al fin de la quincena, o el mes, cada uno de ellos tiene más dinero en las manos que la gran mayoría de empleados con carrera, inclusive los patrones mismos! Tomando en cuenta que las jornadas no son de menos de 65 horas a la semana, que su hospedaje y todos los gastos son cubiertos por el patrón, entonces cada cheque es básicamente libre para usarse en lo que gusten. Basándonos en el salario mínimo del estado de Nueva York, que son 11.10 dólares la hora, eso significa 650 dólares a la semana, o 2,500 al mes. Y esto es poco, muy poco para muchos trabajadores, que no aceptan trabajo por menos de 800 o más a la semana, todo incluido. Quien tiene, al final del mes, ¿3,200 dólares para hacer lo que quiera? Ni siquiera un contador, un maestro, un psicólogo... generalmente el 50% de nuestro salario es para cubrir la vivienda, el transporte y los gastos. Cuando veo a algún muchachito guatemalteco, oaxaqueño o chiapaneco de menos de 20 años ganar eso, me río, tanto de vergüenza como de gusto. Me encantan esas veces en las que me llaman para pedir-

me que les compre alguna cosa, un jarabe para la tos, unas botas para trabajar, ah, y un iPhone 8.

El dinero que mandan ha facilitado que se abran más y más tiendas en las áreas rurales, cuando antes había que ir hasta alguna ciudad grande. Las fiestas del pueblo, los santos patronos, cada quinceañera y cada bautizo, cumpleaños, boda, comunión, son patrocinados por ellos, y me cuentan que les da mucha alegría ser los padrinos de alguien. No solo eso, sino el recibir noticia y fotos de la graduación de primaria, secundaria, vocacional, de sus hermanas y familiares.

Cada vez son más comunidades enteras las que se alejan del catolicismo, y toda su parafernalia. En su lugar, se afianzan las congregaciones cristianas, que no veneran ni escuchan a nadie más que a Cristo. Que no viven de rodillas, pidiendo perdón. Los jóvenes, mayormente, les piden permiso a sus padres para salir de la iglesia católica, y romper con la tradición religiosa. Los jóvenes entonces son quienes están construyendo las nuevas iglesias cristianas, algunas incluso donde la misa mayormente se da cantando, bailando, alabando, en alegría y celebración, ya no en contrición.

He conocido muchos trabajadores que vinieron porque sí, por la aventura, el peligro, el reto, y tarde o temprano buscan una razón, una personita especial por la cual seguir trabajando, una muchacha de su pueblo, la novia virtual con la cual tener video llamadas, alguien con quien platicar al final de la jornada, alguien por quien vivir.

Muchos muchachos me dicen al mandar dinero: “es para Sancho. ¡Sancho necesita unos tenis Nike más caros!” Y ese humor negro es un clásico hecho en México. Sancho es el hombre que se acuesta con tu mujer, ese que está viviendo con el dinero que tú le mandas a la novia virtual. O a la esposa e hijos que dejaste, que no ves desde hace años. Es un chiste cruel, pero cierto. Para esto, existe un acuerdo entre todos los miembros de una comu-

nidad, que si ven a alguien saliendo con otra persona, inmediatamente lo van a revelar, y la vergüenza y humillación serán completas. Funciona para los dos, claro, quien se entere aquí en Estados Unidos de que engañas a tu mujer, se convierte en pieza clave del juego, y las debidas ofertas y demandas serán hechas.

Es así que se han formado círculos de lealtades y compromisos, en los cuales unos les destrozan la vida a otros, por táctica estratégica. En el amor y la guerra, todo se vale. Ahora las familias también pueden ser virtuales, especialmente el papá o la mamá. Las mujeres, por ejemplo, dejan encargados a sus hijos con algún familiar. Desde su teléfono y a través de video, ayudan con las tareas, se aseguran de que su hijo o hija se termine la sopa, que se lave los dientes, que se duerma temprano. Los padres les enseñan a manejar bicicleta a sus niños, los regañan, se enteran de lo que hicieron unos y otros, ¡cuidado y te llame tu padre y no contestes! ¡Se arma la grande! está a un clic de distancia.

Los mexicanos tenemos una máxima: “todo por mi familia”, palabra por palabra, es definitivo, incuestionable, inmutable. Así es, todo por MI familia. Sin embargo, la del vecino, la de otra comunidad, la de otro estado, otro país, que le haga como pueda. Ahí radica la paradoja, la pared, y la puerta. El sacrificio que hace cada quien, por los suyos, es épico. Pero lejos de su propia cuna, los jóvenes a menudo se encuentran con la necesidad de tener que confiarles el cuello a completos extraños, meter las manos al fuego por un camarada, hay veces en que hay que apostar todo, que hay que confiar en alguien del otro lado del teléfono, sin cara, sin cuerpo, ¿qué importa el nombre?

Esta épica travesía de irse a trabajar al otro lado va a ponerlos a prueba de mil maneras. ¿Qué tan inteligente eres? ¿Qué tanto valor, y para qué sirve el valor y para qué no? Poco a poco, se van encontrando con algo. De este algo hablaban los abuelos, los bisabuelos. Era su moneda, y sin eso un hombre no

valía nada. No importaba cuánto tuviera, cuánto hubiese vivido, qué reputación tenía. Se aparece entonces, como una promesa antigua, sutil, y poderosa, la evidencia.

En donde quiera que hayas nacido, lo que sea que hayas tenido o dejado de tener, lo que sea que logres o dejes de lograr, lo lejos que llegues o lo bajo que caigas, tarde o temprano te darás cuenta de una cosa: lo más valioso es LA PALABRA. Un hombre sin palabra está igual que muerto, y si sigue viviendo, es solo para pagar su falta de ella. Es algo fuera de este mundo, cuando un joven de apenas 16 a 20 años me mira a los ojos y me dice: “Doña, yo soy un hombre de palabra”, y cada célula de su ser lo muestra y lo dice. Y estos, señoras y señores, son el futuro de nuestra nación.

Los que tienen palabra. Ellos, que salen del estrato más bajo de la sociedad, que siempre han sido los últimos. Para mí, aquella frase de la Biblia: “Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros” describe lo que está pasando ahora. Porque así le hubiera gustado a Dios que fuese, los que vienen del ras del suelo, los incógnitos, serán los primeros en mostrar el camino.